

No nos extraña



“No es que me sintiera decepcionado cuando supe que el último gran ensanche de Rentería se llamaba Iztieta, pero sí que en mi subconsciente esperaba algún nombre exótico o más original y extraño.”

Párrafo muy parecido a éste pronunció hace algún tiempo en una sociedad popular un caballero, industrial acomodado de la capital, en el transcurso de una de esas charlas de tertulia, que suelen abarcar desde los errores arbitrarios de un partido hasta discretas controversias sobre el criticismo kantiano, pasando por los altibajos de la estrategia yanki en la guerra fría.

Al parecer, la velada carecía de temas de mayor trascendencia, pues el comentario suscitó cierta curiosidad entre los asistentes, todos ellos donostiarros, que le animaron a ampliar la idea.

Y, entre botella y botella de sidra, fue desarrollando con indudable simpatía hacia nuestro pueblo, y con gracejo imposible de reflejar, una pequeña conferencia, aproximadamente en los siguientes términos:

“Como saben, mi hijo contrajo matrimonio hace algún tiempo con una chica de Rentería, lo que, como es natural, me aproximó un poco a las cosas del pueblo que, lógicamente, hasta entonces, desconocía. Y, de primeras, me llamó la atención el nombre de la calle donde ella vivía. Claro que bien pronto lo encontré plenamente justificado, al enterarme de que había otras dos que se llamaban calle de Arriba y calle de Abajo. Me imagino que no tengo necesidad de mencionarlo, aunque posiblemente ninguno de ustedes conozca el pueblo. Bueno, pues por entonces también, eché en falta un nombre que, sin embargo, he encontrado en todas las localidades que conozco. Efectivamente, en Rentería no existe la calle Mayor, lo que, por otra parte, puede constituir un indicio demostrativo del espíritu democrático e igualador

de sus ciudadanos. Por el contrario, no me chocó que una pequeña barriada construida hace cuarenta años fuera conocida por “Casas Nuevas”, habiendo edificaciones mucho más recientes; porque también en San Sebastián tenemos nuestro Paseo Nuevo que va ya alcanzando casi una venerable antigüedad.

En estos momentos ya comenzaba a interesarme el tema y, así, un buen día pedí noticias sobre un incógnito Capitán que con su cargo identifica otra calle desde tiempo inmemorial, sin que me aclararan las razones de tal denominación. Por mi parte, he querido imaginármelo como uno de aquellos arrogantes veteranos de los Tercios de Flandes o quizá, también, como un romántico licenciado de la primera guerra carlista.

Hasta aquí, les concedo que lo dicho no pasa de ser una pequeña curiosidad, buena solamente para personas excesivamente dadas a conceder desproporcionada atención al detalle menudo; pero, estoy seguro que cualquiera de ustedes se sorprendería, como yo, si le hubieran invitado, como la cosa más natural del mundo, a ir a merendar a Versalles. Sí, señores; yo también pensé en los mismos jardines, palacios y fuentes. —¿Versalles?—, pregunté con un gesto de extrañeza. —Sí, Versalles—, me fue respondido con un aplomo que desarmaba. Un bonito sitio. Y tan bonito, ya lo sabemos todos. Pero luego resultó que llaman así a cierta elevación desde la que se domina la bahía y que es, en efecto, un hermoso lugar.

Otro día, durante las fiestas de la Magdalena, después de visitar la ermita, me fue propuesto dar una vueltecita para hacer tiempo y estirar un poco las piernas. Al aceptar yo con la condición de que el paseo no fuera muy largo, se apresuraron a tranquilizarme diciéndome que no me preocupara por la distancia, ya que, en realidad, no pensaban llegar más que hasta Pekín. ¿Qué les parece? Y no era broma; lo que pasa es que se les ha ocurrido llamar así a un paraje de las afueras, que no distará ni quinientos metros del centro de la población.

Después de esto, ya se imaginarán que permanecí impertérrito cuando, en una ocasión en que iba de visita y no hallando a la familia en su domicilio, me informaron amablemente los vecinos que, al parecer, habían marchado todos a Buenos Aires. Tranquilamente, me limité a preguntar por el camino que, como adivinarán, no precisaba ser cubierto en vuelo trasatlántico.

Comprenderán ahora por qué los castizos toponímicos de Galtzaraborda e Iztieta, nuevos y bonitos barrios del pueblo, me saben a poco, y casi los llevo a encontrar disonantes, en cierto modo.”

Algo así, desmañadamente transcrito, dijo aquel señor. Claro es que a él le dejaban perplejo tales apelativos porque ignoraba las razones de los mismos. ¿Verdad que a nosotros, los renterianos, no nos sucede lo mismo?

¿O sí...?

A TEAK.